



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año IV | Número 13 | Marzo 2023

El Papa Francisco en la República Democrática del Congo: las manos

Marcelo Bellocchio

bellocchio@usi.edu.ar



La República Democrática del Congo, fue conocida también como Congo Democrático, Congo belga, y Zaire entre 1971 y 1997. Su capital y ciudad más poblada es Kinshasa, con 17 millones de habitantes, a orillas del río Congo. Antiguamente era Leopoldville hasta la declaración de la independencia de Bélgica en 1960.

En esa tierra viven casi 100 millones de personas de más de 200 etnias en un territorio algo menor que el argentino (2.350.000 km²).

Es un país muy rico en recursos naturales, sobre todo minerales: cobalto, cobre, uranio, oro, diamantes, casiterita y coltán.

A este país, uno de los grandes del continente africano sobre un total de 54 naciones, llegó el Papa Francisco a comienzos de año, más precisamente el 31 de enero, hasta el viernes 3 de febrero de 2023.

Recorriendo el siglo XIX y XX podremos comprender mejor el mensaje del Papa sobre las manos y los cinco dedos de la mano (*Oración, comunidad, honestidad, perdón, servicio*) dirigido a los jóvenes y catequistas congoleños, protagonistas del siglo XXI. Esta conversación a miles y miles de jóvenes es una gran ayuda para todos los jóvenes del mundo, particularmente a nuestros alumnos universitarios.

Según la ACNUR actualmente la República Democrática del Congo (RDC) vive una situación humanitaria compleja y desafiante, donde los múltiples conflictos afectan varias partes de su vasto territorio.

La esperanza floreció cuando la larga y costosa guerra civil terminó en 2003, pero en su lugar han empezado olas esporádicas de violencias, especialmente en las partes orientales del país.

Desde 2016, una nueva ola de violencia también afectó la región de Kasai, una vasta área en el sur y centro del país. Ahora, miles de civiles de nuevo se encuentran en una lucha por sobrevivir.

Si bien muchas personas han regresado a Kasai, ellos suelen encontrar una situación de pobreza, donde los negocios y los centros educativos están en ruinas y los miembros de su familia han sido asesinados. Las violaciones a los derechos humanos están aún generalizadas, incluyendo la mutilación física, los asesinatos, la violencia sexual, los arrestos arbitrarios y la detención en condiciones inhumanas.

A pesar de que estos conflictos han obligado a muchos congoleños a huir de sus hogares, el país también acoge a más de medio millón de refugiados de países cercanos como Burundi, República Centroafricana y Sudán del Sur.

Volvamos al siglo XIX para encontrar el significado histórico de las manos en ese territorio explotado por décadas.

Durante la Conferencia de Berlín (1884-1885) convocada por Alemania, Francia y el Reino Unido, Leopoldo II logró la asignación de la Cuenca del Congo.

Al principio, la principal actividad comercial era el marfil. Aunque no se puede calcular la masacre de elefantes en África se conoce que estuvo a punto de acabar con la especie.

Pero, a partir de 1887, cuando John Dunlop inventó el neumático con cámara, el caucho se transformó en una materia prima fundamental para el desarrollo industrial, y el Congo, al igual que el Amazonas, rebosaba de hevea, el árbol del caucho.

Para facilitar la extracción y exportación del caucho, la corona belga nacionalizó el territorio “*deshabitado*” del Congo, ofreciendo concesiones a empresas privadas y reservando ciertos terrenos para el Estado. Entre 1891 y 1906, el estado belga permitió a las compañías gestionar los territorios sin apenas interferencia judicial. Algunas empresas como ABIR y Anversoise se destacaron especialmente por la dureza con que los funcionarios trataban a los trabajadores congoleños.

El historiador Jean Stengers describió lo sucedido en algunas regiones del Congo Belga, controladas por las compañías comerciales encargadas de la explotación de los recursos naturales, particularmente de la recolección del caucho natural.



Otra fuente histórica es quizás la novela de Joseph Conrad (Josef Teodor Konrad Nalecz Korzeniowski) *El Corazón de las Tinieblas*, donde relata su experiencia congoleña, testimonio de lo que sucedió en el Estado Independiente del Congo (EIC).

También Arthur Conan Doyle, el escritor escocés, autor del célebre personaje de Sherlock Holmes, escribió una excelente semblanza *El crimen del Congo*.

Allí sostiene que frente a realidades históricas concretas, como la expropiación de Inglaterra por los normandos o la de Irlanda por los ingleses, la masacre de pueblos sudamericanos por españoles o naciones sometidas por los turcos, la mezcla de expropiación y masacre vestida hipócritamente de filantropía en el Estado Independiente del Congo es «*el crimen más grande conocido en los anales de la humanidad*».

Conan Doyle apunta el testimonio del reverendo John Howell, quien encontró a soldados nativos del gobierno belga que mutilaban las manos de los cadáveres de los que acababan de asesinar, bajo la atenta mirada de los oficiales blancos.

Con el sufragio universal en 1894, comenzaron a tener presencia en el Parlamento representantes del Partido Obrero Belga, opuestos a la política colonial. Los católicos, que representaban a los campesinos, alertaron que una política nacional colonial obligaría al país a instaurar el servicio militar obligatorio.

Desde 1896, la política colonial de Leopoldo II, merced a sucesivas denuncias contra las atrocidades a la población nativa entre 1885 y 1908, recibió la reprobación de todo el mundo y presiones de diversos países europeos y occidentales.

Un testimonio de esa época es la carta abierta a su serena Majestad Leopoldo II, rey de los belgas y soberano del Estado Independiente del Congo, enviada en 1890 por el coronel G. W. Williams (1849-1891), de los Estados Unidos de América, tras su visita al Congo el año anterior:

«Cuando llegué al Congo, lo primero que hice fue buscar los resultados de tan brillante programa: ‘amparo y acogida’, ‘iniciativa benéfica’, ‘esfuerzo práctico y sincero’, para incrementar los conocimientos de los nativos y ‘asegurar su bienestar’. Jamás había imaginado que los europeos fuesen capaces de establecer un gobierno en un país tropical sin construir un hospital; sin embargo, desde la desembocadura del Congo hasta su cabecera, aquí, en la séptima catarata, a una distancia de 1448 millas, no hay ni un solo hospital para europeos, y únicamente tres cobertizos para los africanos enfermos al servicio del Estado, que no son aptos ni para albergar un caballo. Estaba deseando ver hasta qué punto los nativos habían adoptado el amparo y la acogida de la iniciativa benéfica de Vuestra Majestad y me llevé una amarga desilusión. Los nativos del Congo se quejan de que les han arrebatado sus tierras por la fuerza, que el Gobierno es cruel y arbitrario, y afirman que ni aman ni respetan al gobierno y su bandera. El gobierno de S.M. les ha embargado la tierra, quemado los poblados, robado sus propiedades, esclavizado a sus mujeres y niños, y cometido otros crímenes, demasiado numerosos para mencionarlos en detalle... los soldados y trabajadores del gobierno de S.M. llegan en gran cantidad, importados de Zanzíbar, a un costo de 10 libras por cabeza... a estos reclutas se los transporta en circunstancias aún más crueles que las empleadas en Europa para transportar el ganado»

La connivencia de Leopoldo con el famoso explorador británico Henry Stanley, un inescrupuloso condottiere, se tradujo en la explotación de los nativos de forma generalizada, los trabajos forzados y la coacción violenta como métodos para recolectar el caucho a bajo precio y maximizar los beneficios. También se promovió la creación de un ejército nativo, la Force Publique, integrada por oficiales blancos y suboficiales y soldados negros, para supervisar la producción del caucho.

Fueron reclutados entre “voluntarios” de grupos étnicos y sociales específicos en lugares tan lejanos como Zanzíbar, Nigeria o Liberia. Las tropas eran traídas a sus destinos militares encadenadas y en condiciones infrahumanas.

Se calcula que hasta tres cuartas partes de todos los soldados reclutados murieron antes de poder prestar servicio debido a las condiciones a las que estuvieron sometidos. En torno a 1900, este ejército de esclavos contaba con 19.000 hombres.

La forma en que se establecieron los acuerdos laborales con los trabajadores se dejó a la discreción de los funcionarios que se encontraban sobre el terreno. Los nativos que se negaban a participar en la recolección de caucho eran asesinados. **Se dice que las cuotas de caucho fueron pagadas, en parte, en manos cortadas.**

En ocasiones las manos eran recolectadas por los soldados de la Force Publique, pero a veces eran las mismas poblaciones quienes se encargaban de atacar a aldeas vecinas para recolectar dichos trofeos y cumplir con las altas cuotas de caucho imposibles de cubrir.

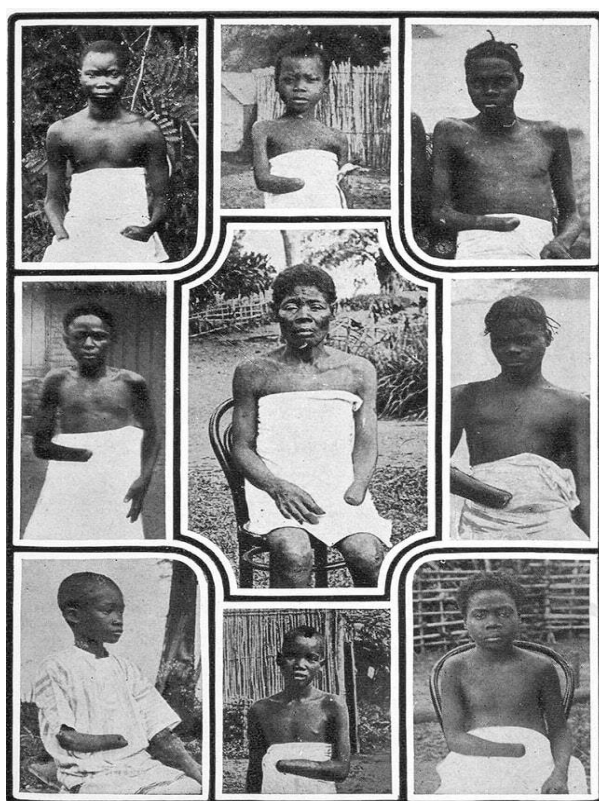
Cada mano derecha era prueba de un congoleño muerto. Pero en la práctica, muchos soldados mutilaban a sus víctimas y los abandonaban a su suerte para ahorrarse la bala. Un soldado podía reducir su período de servicio al presentar más manos cortadas que sus compañeros. Esto provocó la generalización de mutilaciones y los desmembramientos.

«La cantidad de caucho se controlaba por el número de armas - afirma Casement en su libro- y cada vez que el cabo sale a recoger el caucho, se le entregan cartuchos. Debe devolver todos los que no haya usado, y por cada uno usado debe traer una mano derecha... A veces utilizan un cartucho para cazar un animal, y entonces le cortan la mano a un hombre vivo. Para ilustrar hasta qué extremo llegó este asunto, el Estado, en el río Momboyo, había utilizado 6 mil cartuchos, lo que significa que 6 mil personas han muerto o han sido mutiladas. O más de 6 mil, porque me han contado que en repetidas ocasiones los soldados matan a los niños utilizando la culata de sus armas».

A estos hechos se sumaron las pandemias y enfermedades, devastando a la población autóctona, especialmente la enfermedad del sueño, la viruela, la gripe porcina o la disentería amebiana. Sólo en 1901 se estima que 500 000 congoleños perdieron la vida por la enfermedad del sueño. El hambre, las enfermedades y la violencia se combinaron para reducir la tasa de natalidad, mientras que las muertes seguían en aumento.

La campaña internacional contra el Estado Libre del Congo, liderada por el activista británico Edmund Dene Morel, dio como resultado una reducción drástica en los reportes de mujeres secuestradas, masacres, abusos contra los trabajadores y aldeas

incendiadas. Sin embargo, hay que admitir que, esto no se debió a un interés humanitario por parte del gobierno belga sino más bien a la convergencia de dos factores económicos de vital importancia. El primero fue la sustitución en los mercados internacionales de caucho silvestre por el cultivado. El segundo fue la introducción de los impuestos como método para obtener ganancias con el trabajo forzoso de la población en la colonia.



La amputación de las manos entre los trabajadores a modo de castigo denunciada por los misioneros cristianos

El uso de mano de obra esclava continuó bajo la administración belga, pero concentrada a las minas de cobre, oro y estaño. Hasta la [Segunda Guerra Mundial](#) cada hombre en el Congo debía prestar 120 días al año de trabajos forzados para el Estado.

El padre Vermeersch, sacerdote jesuita belga, publicó un libro, *La Question Congolaise*, donde denuncia lo sucedido en el Congo. Y *Le Patriote*, el diario católico de Bruselas, el 28 de febrero de 1907 publica en su editorial: «El recuerdo de los hechos (del Congo) permanecerá grabado en la memoria de los hombres y en la memoria de la venganza»

divina. Tarde o temprano los verdugos tendrán que rendir cuentas ante Dios y ante la historia».

La opinión pública europea conmovida por estos testimonios, presionó a la monarquía. Por iniciativa del diputado socialista belga Emile Vandervelde, se creó una Comisión Investigadora independiente, que confirmó las denuncias de Casement y otros testigos. Pero el rey Leopoldo formó su propia comisión de funcionarios que, antes que la independiente presentara su informe, se anticipó con un relato fraguado que negaba todo abuso.

Hoy sigue abierto el debate sobre el vínculo entre la disminución masiva de la población, estimada en 5 millones de personas, y las atrocidades cometidas durante décadas de esclavitud y políticas colonialistas durante más de un siglo.

ENCUENTRO DEL PAPA CON JÓVENES Y CATEQUISTAS

Estadio de los Mártires, Kinsasa

Jueves, 2 de febrero de 2023

”Gracias por el cariño, por la danza y por sus palabras. Estoy feliz de haberlos mirado a los ojos, de haberlos saludado y bendecido mientras festejaban levantando sus manos al cielo.

Ahora quisiera pedirles, por unos instantes, no me miren a mí, sino miren sus manos.

Abran las palmas de las manos, mírenlas atentamente. Amigos, Dios ha puesto en sus manos el don de la vida, el futuro de la sociedad y de este gran país. Hermano, hermana, ¿tus manos te parecen pequeñas y débiles, vacías e inadecuadas para tareas tan grandes?

Quisiera llamar tu atención sobre un detalle: todas las manos son similares, pero ninguna es igual a la otra; nadie tiene unas manos iguales a las tuyas, por eso eres un tesoro

único, irrepetible e incomparable. Nadie en la historia puede sustituirte. Pregúntate entonces, ¿para qué sirven mis manos?, ¿para construir o para destruir, para dar o para acaparar, para amar o para odiar? Ves, puedes apretar la mano y cerrarla, y se vuelve un puño; o puedes abrirla y ponerla a disposición de Dios y de los demás. Esta es la decisión fundamental, desde tiempos antiguos, desde Abel, que ofreció con generosidad los frutos de su trabajo, mientras Caín «se abalanzó sobre su hermano y lo mató» (Gn 4,8).

Joven que sueñas con un futuro distinto, de tus manos nace el mañana, de tus manos puede llegar la paz que falta en este país. Pero, concretamente, ¿qué es lo que hay que hacer? Quisiera sugerirles algunos “ingredientes para el futuro”, cinco, que pueden asociar a los dedos de la mano.

1. Al pulgar, el dedo más cercano al corazón, corresponde la oración, que hace latir la vida. Puede parecer una realidad abstracta, lejana de los problemas tangibles. Sin embargo, la oración es el primer ingrediente, el más esencial, porque nosotros solos no somos capaces. No somos omnipotentes y, cuando alguien cree que es así, fracasa miserablemente. Es como un árbol arrancado que, aunque sea grande y robusto, no se mantiene en pie por sí mismo. Por eso, es necesario enraizarse en la oración, en la escucha de la Palabra de Dios, que nos permite crecer cada día en profundidad, dar fruto y transformar la contaminación que respiramos en oxígeno vital.

Para conseguirlo, cada árbol necesita un elemento simple y esencial, el agua. Y es así, la oración es “el agua del alma”, es humilde, no se ve, pero da vida. Quien reza, madura interiormente y sabe levantar la mirada hacia lo alto, acordándose que fue hecho para el cielo.

Hermano, hermana, es necesaria la oración, una oración viva. No te dirijas a Jesús como a un ser lejano y distante al que hay que tenerle miedo, sino como al mejor de los amigos, que dio la vida por ti. Él te conoce, cree en ti y te ama, siempre. Mirándolo clavado en la cruz para salvarte, comprendes cuánto vales para Él. Y puedes confiarle tus propias cruces, tus temores, tus afanes, arrojándolas sobre su cruz. Los abrazará. Lo hizo ya hace dos mil años y aquella cruz, que hoy soportas, era ya parte de la suya.

No tengas miedo de tomar entre las manos el crucifijo y apretarlo contra tu pecho, derramando tus lágrimas sobre Jesús. Y no te olvides mirar su rostro, el rostro de un Dios joven, vivo, resucitado. Sí, Jesús ha vencido el mal, hizo de la cruz un puente hacia la resurrección. Entonces, levanta cada día las manos hacia Él para alabarlo y bendecirlo; grítale las esperanzas de tu corazón, confíale los secretos más íntimos de la vida: la persona que amas, las heridas que llevas dentro, los sueños que tienes en el corazón.

Cuéntale acerca de tu barrio, de tus vecinos, de tus maestros y compañeros, de tus amigos y coetáneos; cuéntale de tu país. Dios ama esta oración viva, concreta, hecha con el corazón. Le permite intervenir, entrar en los pliegues de la vida de un modo especial, llegar con su “fuerza de paz”, que tiene un nombre. ¿Saben cuál es? El Espíritu Santo, aquel que consuela y da la vida. Él es el motor de la paz, es la verdadera fuerza de la paz. Por eso la oración es el arma más potente que existe. Te trasmite el consuelo y la esperanza de Dios. Te abre siempre nuevas posibilidades y te ayuda a vencer los miedos. Sí, quien reza supera el miedo y se hace cargo de su propio futuro. ¿Creen esto? ¿Quieren elegir la oración como su secreto; como el agua del alma; como la única arma que llevarán con ustedes; como compañera de viaje cada día?

2. Miremos ahora el segundo dedo, el índice. Con este indicamos algo a los demás. Los otros, la comunidad, este es el segundo ingrediente. Amigos, no dejen que su juventud se estropee por la soledad y el aislamiento. Piénsense siempre juntos y serán felices, porque la comunidad es el camino para estar bien consigo mismo, para ser fieles a la propia llamada. Las decisiones individualistas, en cambio, al principio parecen atractivas, pero después sólo dejan un gran vacío interior. Piensen en la droga; te esconde de los demás, de la verdadera vida, para hacerte sentir omnipotente, pero al final te encuentras despojado de todo.

Piensen también en la dependencia del ocultismo y de la brujería, que te atrapan en las garras del miedo, de la venganza y de la rabia. No se dejen encantar por esos falsos paraísos egoístas, contruidos en base a la apariencias, los beneficios fáciles o unas religiosidades desviadas.

Y cuidense de la tentación de señalar a alguien con el dedo, de excluir a otro porque tenga un origen distinto al de ustedes, del regionalismo, del tribalismo, que parecen fortalecerlos en su grupo y, en cambio, representan la negación de la comunidad.

¿Saben cómo sucede esto? Primero se cree en los prejuicios sobre los demás, después se justifica el odio y, por tanto, la violencia, y al final nos encontramos en medio de la guerra.

Pero —me pregunto— ¿has hablado alguna vez con las personas de los otros grupos o has estado siempre encerrado en el tuyo? ¿Has escuchado alguna vez las historias de los otros?, ¿te has acercado a sus sufrimientos? Ciertamente, es más fácil condenar a alguien que entenderlo; pero el camino que Dios nos indica para construir un mundo mejor pasa por el otro, por el conjunto, por la comunidad. Es hacer Iglesia, ampliar horizontes, ver en cada uno el propio prójimo, hacerse cargo del otro. ¿Ves alguien solo, sufriendo, olvidado? Acércate. No para hacerle ver lo bueno que eres, sino para darle tu sonrisa y ofrecerle tu amistad.

David, dijiste que los jóvenes quieren justamente estar conectados con los demás, pero que las redes sociales a veces los confunden. Es verdad, la virtualidad no basta. No podemos conformarnos con el mero interactuar con personas lejanas e incluso falsas. La vida no se escoge tocando la pantalla con el dedo. Es triste ver jóvenes que están horas frente a un teléfono. Después de que contemplaran tanto tiempo la pantalla, los miras a la cara y ves que no sonríen, la mirada está cansada y aburrida. Nada ni nadie puede sustituir la fuerza del grupo, la luz de los ojos, la alegría de compartir. Hablar, escucharse es esencial; mientras que en la pantalla cada uno busca sólo lo que le interesa, ustedes descubran cada día la belleza de dejarse sorprender por los demás, por sus historias y sus experiencias.

Intentemos ahora hacer una prueba de lo que significa formar comunidad.

Por unos instantes, por favor, tomen la mano del que está a su lado.

Siéntanse una única Iglesia, un único Pueblo. Siente que tu bien depende del bien del otro, que es multiplicado por la comunidad. Siéntete custodiado por el hermano y por la hermana, por alguien que te acepta tal como eres y que quiere cuidar de ti.

Y siéntete responsable de los demás, parte viva de una gran red de fraternidad donde nos sostenemos mutuamente y en la que tú eres indispensable.

Sí, eres indispensable y responsable para tu Iglesia y tu país; perteneces a una historia más grande, que te llama a ser protagonista, creador de comunión, defensor de fraternidad, indómito soñador de un mundo más unido.

En esta aventura no están solos, toda la Iglesia, esparcida por el mundo, los apoya. ¿Es un desafío difícil? Sí, pero es posible.

Tienen también amigos que desde las tribunas del cielo los alientan hacia estas metas. ¿Saben quiénes son? Los santos.

Pienso por ejemplo en el beato Isidoro Bakanja, en la beata María Clementina Anuarite, en san Kisito y sus compañeros, testigos de la fe, mártires que no cedieron a la lógica de la violencia, sino que confesaron con la vida la fuerza del amor y del perdón. Sus nombres, escritos en el cielo, permanecerán en la historia, mientras que la cerrazón y la violencia se vuelven siempre en contra de quienes las comenten.

Sé que muchas veces han demostrado que saben levantarse para defender, incluso a costa de grandes sacrificios, los derechos humanos y la esperanza en una vida mejor para todos en el país. Les agradezco por esto y honro la memoria de cuantos —tantos— han perdido la vida o la salud en favor de estas nobles causas. Y los animo a que sigan adelante juntos, sin miedo, como comunidad.

3.Oración, comunidad, llegamos al dedo central, que se eleva por encima de los otros casi para recordarnos algo imprescindible. Es el ingrediente fundamental para un futuro que esté a la altura de sus expectativas. Es la honestidad. Ser cristianos es testimoniar a Cristo. Por tanto, el primer modo para hacerlo es vivir rectamente, como Él quiere. Eso significa no dejarnos enredar en los lazos de la corrupción. El cristiano no puede más que ser honesto, de lo contrario traiciona su identidad. Sin honestidad no somos

discípulos ni testigos de Jesús; somos paganos, idólatras que adoran su propio yo en vez de adorar a Dios, que usan a los demás en lugar de servirlos.

Pero —me pregunto— ¿cómo vencer el cáncer de la corrupción, que parece difundirse sin parar? Nos ayuda san Pablo, con una frase sencilla y genial, que pueden repetir hasta aprenderla de memoria. Es esta: «No te dejes vencer por el mal. Por el contrario, vence al mal, haciendo el bien» (Rm 12,21). No te dejes vencer por el mal, no se dejen manipular por los individuos o los grupos que buscan usarlos para mantener vuestro país en la espiral de la violencia y la inestabilidad, para poder así seguir controlándolo sin tener consideración por nadie. Por el contrario, vence al mal, haciendo el bien, sean ustedes los que transformen la sociedad, los que conviertan el mal en bien, el odio en amor, la guerra en paz. ¿Quieren serlo? Si lo quieren, es posible. ¿Saben por qué? Porque cada uno de ustedes tiene un tesoro que nadie puede robarles.

Es vuestra capacidad de decidir. Sí, tú eres las decisiones que tomas y siempre puedes elegir hacer lo correcto. Somos libres para elegir. No permitan que sus vidas sean arrastradas por la corriente contaminada; no se dejen llevar como un tronco seco en un río de lodo. Siéntanse indignados, sin caer nunca en los halagos de la corrupción, que son persuasivos pero envenenados.

Recuerdo el testimonio de un joven como ustedes, Floribert Bwana Chui: hace 15 años, con tan solo veintiséis años de edad, fue asesinado en Goma por haber obstruido el paso de productos alimenticios en mal estado, que habrían dañado la salud de la gente.

Podía haberlo ignorado, no lo habrían descubierto e incluso se habría beneficiado. Pero, como cristiano, rezó, pensó en los demás y eligió ser honesto, diciendo “no” a la suciedad de la corrupción. Esto significa mantener las manos limpias, mientras que las manos que trafican con dinero se manchan de sangre. Si alguno te intentara sobornar, te prometiera favores y riquezas, no caigas en la trampa, no dejes que te engañen, no permitas que te engulla la ciénaga del mal. No te dejes vencer por el mal, no creas en las tramas oscuras del dinero, que te hundirán en las tinieblas. Ser honestos es resplandecer en el día, es difundir la luz de Dios, es vivir la bienaventuranza de la justicia: vence al mal, haciendo el bien.

4. Hemos llegado al cuarto dedo, el anular. En él se ponen los anillos nupciales. Pero, si lo piensan, el anular es también el dedo más débil, el que cuesta más trabajo levantar. Nos recuerda que las grandes metas de la vida, el amor en primer lugar, pasan a través de la fragilidad, el esfuerzo y las dificultades. Estos deben vivirse, afrontarse con paciencia y confianza, sin abrumarse por problemas inútiles, como por ejemplo transformar el valor simbólico de la dote en un precio casi de mercado. Pero, en nuestra fragilidad, en las crisis, ¿cuál es la fuerza que nos permite seguir adelante? El perdón. Porque perdonar quiere decir saber empezar de nuevo. Perdonar no significa olvidar el pasado, sino no resignarse a que se repita. Es cambiar el curso de la historia. Es levantar al que ha caído. Es aceptar la idea de que nadie es perfecto y que no sólo yo, sino que todos tienen el derecho de empezar de nuevo.

Amigos, para crear un futuro nuevo necesitamos dar y recibir perdón. Esto es lo que hace el cristiano: no ama sólo a aquellos que lo aman, sino que sabe detener con el perdón la espiral de las venganzas personales y tribales. Pienso en el beato Isidoro Bakanja, vuestro hermano, que fue torturado durante mucho tiempo porque no había renunciado a dar testimonio de su piedad y había propuesto el cristianismo a otros jóvenes. No cedió nunca a sentimientos de odio y al dar la vida, perdonó a su verdugo. El que perdona lleva a Jesús también allí donde no lo acogen, introduce el amor donde el amor es rechazado. El que perdona construye el futuro.

Pero, ¿cómo conseguir esta capacidad de perdonar? Dejándonos perdonar por Dios. Cada vez que nos confesamos somos nosotros los primeros en recibir esa fuerza que cambia la historia. Dios nos perdona siempre, siempre y de forma gratuita. Y también a nosotros se nos dice, como está escrito en el Evangelio: «Ve, y procede tú de la misma manera» (Lc 10,37).

Sigue adelante dejando el rencor, sin veneno ni odio. Sigue adelante haciendo tuyo el estilo de Dios, el único que renueva la historia. Sigue adelante y cree que con Dios siempre se puede empezar de nuevo, siempre se puede perdonar.

5. Oración, comunidad, honestidad, perdón. Hemos llegado al último dedo, el más pequeño. Tú podrías decir, soy poca cosa y el bien que puedo hacer es una gota en el mar. Pero es precisamente la pequeñez, el hacerse pequeño, lo que atrae a Dios. La palabra clave en este sentido es servicio. El que sirve se hace pequeño. Como una semilla minúscula, parece que desaparece en la tierra y, sin embargo, da fruto. Según nos dice Jesús, el servicio es el poder que transforma el mundo. Por eso, la pequeña pregunta que puedes atarte al dedo cada día es: ¿qué puedo hacer yo por los demás? Es decir, ¿cómo puedo servir a la Iglesia, a mi comunidad, a mi país? Olivier nos dijo que en algunas regiones aisladas son los catequistas los que sirven cotidianamente a las comunidades de fe y que esto en la Iglesia deber ser “una tarea de todos”. Es verdad, y es hermoso servir a los demás, hacerse cargo, hacer algo gratuitamente, como lo hace Dios con nosotros. Yo quisiera agradecerles, queridos catequistas, porque para muchas comunidades ustedes son vitales como el agua; háganlas crecer siempre con la limpidez de su oración y de su servicio. Servir no es permanecer con los brazos cruzados; es ponerse en movimiento. Muchos se movilizan porque son atraídos por su propio interés; ustedes no tengan miedo de movilizarse por el bien, de invertir en el bien, en el anuncio del Evangelio, preparándose de manera apasionada y adecuada, dando vida a proyectos organizados, de largo alcance. Y no tengan miedo de hacer oír sus voces, porque no sólo el futuro, sino también el presente están en sus manos. Sitúense en el centro del presente.

Amigos, les he dejado cinco consejos para distinguir las prioridades entre todas esas voces persuasivas que circulan. En la vida, como en el tránsito urbano, frecuentemente el desorden crea atascos y bloqueos inútiles, que hacen perder tiempo y energías, y alimentan la rabia. Nos hace bien, en cambio, aun en la confusión, tener en el corazón y en la vida puntos fijos, direcciones estables, para dar comienzo a un futuro distinto, sin perseguir los vientos del oportunismo.

Queridos amigos, jóvenes y catequistas, les agradezco su entusiasmo, su luz y su esperanza. Quisiera decirles una última cosa: no se desanimen nunca. Jesús cree en ustedes y no los dejará solos. La alegría que tienen hoy cuídenla y no dejen que se apague.

*Como decía Floribert a sus amigos cuando tenían baja la moral: “Toma el Evangelio y léelo. Te consolará, te dará alegría”. Salgan juntos del pesimismo que paraliza. La República Democrática del Congo espera de sus manos un futuro distinto, **porque el futuro está en sus manos**. Que su país vuelva a ser, gracias a ustedes, un jardín fraterno, el corazón de paz y de libertad de África. Gracias.*